

LA RNSG EN LA ACTUALIDAD

La actual Red Básica de Almacenamiento Público gestionada por el Fondo Español de Garantía Agraria (FEGA) se compone actualmente de 141 silos y graneros con una capacidad total de almacenamiento de 977320 toneladas. La mayoría de las unidades integrantes de esta red son macrosilos construidos al final del proceso edilicio de la RNSG.

La transferencia de competencias en materia de agricultura hacia las Comunidades Autónomas entre los años 1996-2001 supuso un alivio para la administración central, que delegó en las CC. AA. la responsabilidad de tramitar los procedimientos anteriormente descritos. De este modo gran número de componentes de la Red No Básica quedan en desuso.

Dados los procedimientos legales para la adquisición de estas edificaciones que se vienen desarrollando desde entonces. Entidades públicas y privadas, movidas por intereses diversos, hacen por adquirir los silos de la RNSG por su valor como edificaciones o bien por los solares donde se ubican. Algunos de estos motivos son:

- La recalificación del suelo industrial, por su excepcional ubicación en muchos casos y su alta rentabilidad económica.
- La demolición de las edificaciones para la construcción de equipamientos públicos o viviendas protegidas.
- La rehabilitación de la edificación como equipamiento público, aprovechando su indudable valor patrimonial y arquitectónico.

La fuerte puesta en valor del patrimonio industrial, que tardíamente se ha desarrollado en los últimos años en España, ha provocado un interés por parte de instituciones públicas y empresas privadas, deseosas de alojar sus proyectos sobre una base con un valor añadido muy alto. Sin embargo, la inmensa mayoría de unidades de la RNSG todavía permanecen en un inmerecido olvido, generándose un proceso de ruina acompañado del expolio de sus maquinarias e incluso su ocupación ilegal. Es relativamente fácil encontramos casos de usos infravalorados como el de almacén municipal e incluso escombrera. Mucho más difícil es dar con casos donde los silos han sido reintegrados de forma productiva y positiva al tejido urbano a través de nuevos usos, uno de los pocos ejemplos lo encontramos en Pozoblanco en Córdoba, cuyo silo de grano tipo D fue rehabilitado en 2006 como teatro municipal de mano de los arquitectos José Luis Amor y Juan Salamanca.

Deberíamos preguntarnos si toda la operación de la construcción de la Red Nacional de Silos y Graneros se ha desarrollado con el mejor de los resultados posibles y se ha convertido en uno de los más importantes episodios de construcción pública española desde el ámbito de la ingeniería, que ha sido totalmente olvidado por la esfera arquitectónica más culta. Sería deseable que desde el Estado, lugar desde el que se promovió esta importante operación, se tomaran las medidas necesarias para proteger estas majestuosas construcciones rurales.



LA SACA DE CORCHO: UNA ACTIVIDAD COMPARTIDA

Por

M.^a DEL CARMEN RODRÍGUEZ OLIVA
Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico (IAPH)

La primera imagen que nos encontramos al entrar en la finca, es la imagen de nuestras dehesas, las dehesas de Andalucía que en un primer momento la solemos asociar a un paisaje abierto, salpicado de árboles dispersos entre pastos herbáceos y con poca presencia de matorral. Pero esa imagen dura poco, porque conforme nos vamos adentrando por los caminos forestales que se han adecentado, precisamente para realizar las labores de la saca, nos precipitamos ante la complejidad de los montes adeshados que es, con frecuencia, mayor de lo que sugiere el cuadro descrito en esa primera mirada. Observamos como se alternan manchas de monte denso, pastos herbáceos de diversa altura, masas densas de matorral, pequeños bosquetes en los cauces. Estas formaciones, además, están sometidas a notables variaciones estacionales, como la floración de los prados posteriormente convertidos en pastizales, por lo que nos encontramos una diversidad estructural y cromática única en estos espacios. La actividad que vamos a estudiar denominada la «saca de corcho» también influye y cambia notablemente el paisaje cromático de la dehesa de manera que, los colores de los alcornoques irán cambiando desde el amarillo anaranjado, pasando por el rojo retinto, hasta retomar nuevamente el gris de la corteza. También forman parte de este paisaje numerosos elementos arquitectónicos tradicionales (cortijos, casas rurales, muros de piedras en seco...), incluso los rebaños y pjaras pastando. Todo ello conforma un paisaje único, de singular belleza, que conserva un alto grado de naturalidad en el marco de un aprovechamiento largamente sostenido y sostenible.

La dehesa constituye un paisaje de profundas raíces en buena parte de la península ibérica y es uno de los ecosistemas antropizado más extenso e importante de Andalucía. Junto a sus calidades estéticas se suma la notable importancia de sus valores socioeconómicos y ambientales, además de una dimensión histórica y cultural que no debe ser obviada, por ello vamos a dedicar unos párrafos en nuestro estudio.

Así pues, las dehesas en Andalucía constituyen un tipo de paisaje modelado por el hombre. Como hemos dicho, es una extensa formación territorial que está compuesta principalmente por encinas y alcornoques por lo que se denominan dehesas mixtas y ocupan entre el 11% y 15% del territorio¹. El término dehesa proviene del latín *defesa* ‘defensa’, haciendo referencia a los primeros pobladores en «la reconquista» que hacían vallados para proteger los rebaños²; pero su creación tal y como hoy las vemos proviene de las desamortizaciones del siglo XIX, cuando se crean grandes fincas en Extremadura y Andalucía dedicadas principalmente a la producción de carne y cereales para el mercado. Pasado el tiempo, la dehesa comienza a ser sinónimo de finca grande y se ampliaron las unidades de producción integrando múltiples aprovechamientos (cultivos, ganadería, pastos, caza, leña, corcho, etc.).

El principal aprovechamiento forestal de la dehesa está basado fundamentalmente en el corcho y la leña. Es una actividad que comenzó a explotarse a partir de 1830 y actualmente

¹ Datos del estudio sobre las Dehesas de Andalucía. Caracterización ambiental. Tecnographic, S. L. (ISBN: 84-96329-81- X. D.L.: SE-755/06. Consejería de Medio Ambiente. Junta de Andalucía.

² «La dehesa, un ecosistema de leyenda», *El País*. [Consultado el 8 de marzo de 2015].

LA DEHESA, EL VALLE DEL ALCORNOQUE

representa un 60% de la producción nacional. Andalucía es el segundo productor mundial de corcho (15%) sólo por detrás de Portugal (61%)³, por lo que la relevancia económica de su producción y su valor ecológico es alta en nuestra comunidad autónoma. No podemos olvidar que también existe una riqueza biológica mucho más difícil de cuantificar que la puramente económica, que se trata de la convivencia en nuestros ecosistemas de especies amenazadas en Europa, albergando algunas de las especies animales más emblemáticas como el buitre negro, el águila imperial, el lince o la cigüeña negra, constituyendo unas particularidades ecológicas y culturales muy singulares. Por último, junto a esta relevancia económica y ecológica, se pueden destacar igualmente los beneficios ambientales, ya que la conservación de los alcornoques reduce el riesgo de incendio, porque se tratan de árboles muy resistentes al fuego, gracias a la protección que le proporciona la capa de corcho que le rodea, y tiene también una rápida capacidad de rebrotar. En esa capa de corcho se queda depositado el CO₂ que ayuda, además, de alguna manera, a la protección del cambio climático. Asimismo, estos alcornoques suponen un freno a la desertización por tener la capacidad de retener el terreno por sus raíces, al mismo tiempo que con sus copas frenan la intensidad de la lluvia, reduciendo la escorrentía de las aguas y evitando la erosión del terreno, la alimentación de los acuíferos, etc.

Por tanto, la dehesa conforma toda una estela de bondades y constituye un patrimonio natural que se ha ido conformando a través del tiempo, creando una cultura y una forma de relación entre el hombre y el medio ambiente. Así pues, se ha creado un modo de vida que ha permitido asentar población, crear una cultura vinculada a un entorno singular y desarrollar, en una delicada simbiosis, un modelo económico propio. No se puede olvidar el valor paisajístico que atesora este tipo de espacios, como recogen documentos internacionales como el Convenio Europeo del Paisaje (número 176 del Consejo de Europa) del 20 de octubre de 2000, que contempla la protección y conservación de los paisajes dando cobertura también al ámbito propio de la dehesa, sobre todo cuando vemos que las dehesas están hoy comprometidas por una serie de factores que pueden alterar el frágil equilibrio de sus recursos. Entre estos factores o causas se debe destacar el progresivo deterioro del arbolado, la enfermedad de la seca, la falta de regeneración, aspectos de la producción como la dificultad para encontrar trabajadores cualificados, los nuevos sustitutos artificiales, la idea de máxima rentabilidad o la complejidad para transformar y comercializar los productos, la sobreexplotación para un mayor rendimiento; factores que nos llevan necesariamente a establecer unos criterios de gestión que se adecuen a las características y a las limitaciones que impone este medio y así poder mantener, en todo lo posible, el equilibrio y la identidad del ecosistema de las dehesas. La mirada se debe dirigir hacia la sostenibilidad y no solo al beneficio. Ante esto, no faltan voces de atención sobre las dehesas que nos alerten del riesgo de desaparición de una forma de vida vinculada a un espacio catalogado y protegido como reserva de la biosfera⁴.

Para favorecer la pervivencia y viabilidad de las dehesas andaluzas como elemento indisoluble de nuestro paisaje y como paradigma de desarrollo sostenible hacia el que debe avanzar nuestro modelo económico, surgen iniciativas como el Pacto Andaluz por la Dehesa o la Ley 7/2010, de 14 de julio, para las dehesas, donde se establecen todos los criterios y procedimientos para reconocer, conservar, poner en valor y gestionar eficientemente las dehesas de Andalucía⁵.

No podemos seguir sin hablar del árbol estrella de la dehesa, el alcornoque, del que podríamos decir que es un roble muy especial porque proviene de la especie del género de los robles o quercineas, árbol típico del bosque mediterráneo que se diferencia por su corteza gruesa y rugosa. Es el corcho. El alcornoque constituye, junto a la encina, el símbolo de nuestros montes, pero se caracteriza por su gran robustez y potencia, y es un árbol que guarda grandes tradiciones en el proceso de la extracción de su piel, el corcho. Este alcornoque es el protagonista de la dehesa corchera, en la que vamos a centrar nuestro estudio, situada en Sierra Morena, en la provincia de Huelva, lindando con la provincia de Sevilla y Badajoz, y se trata de la finca Sancho Pérez, en el término municipal de Santa Olalla del Cala, cuyo propietario nos ha abierto sus puertas para explorar una de las actividades tradicionales de esta zona y poder comprobar cómo se mantienen ciertos saberes y oficios, derivados del aprovechamiento de recursos naturales como es la saca de corcho. Se pretende presentar la vigencia de un oficio tradicional que acumula, por un proceso de transmisión familiar, una huella profunda en el arte de profesionales que han heredado conocimientos transmitidos durante varias generaciones y que son testigos directos de los cambios que se están produciendo en una actividad milenaria como es la saca de corcho. Por otra parte, las conclusiones de este trabajo, por la información y el método aplicado, se consideran que tienen una amplia representatividad, ya que la saca de corcho de esta comarca no se cree que se realice de forma sustancialmente diferente del resto de España.

Se denomina descorche o saca de corcho a la operación de extraer la corteza del alcornoque para la obtención del corcho. Este árbol tiene la propiedad de regenerar continuamente su corteza esponjosa y ligera, formada fundamentalmente por nitrógeno y oxígeno, y esa renovación de la corteza del árbol comprende un ciclo de nueve a doce años, dependiendo fundamentalmente de los agentes climáticos.

El corcho es un tejido extinto que recubre la zona periférica del tronco, ramas y raíces, y se trata de un material muy versátil, que se viene usando desde la antigüedad para fines muy diversos. El hombre antiguo ya supo aprovechar las virtudes del corcho, por ejemplo, en el sellamiento de recipientes, como las ánforas griegas, iniciándose así un recorrido histórico de esta aplicación que culmina en el siglo XVII. En ello, mucho tuvo que ver el monje Pierre Perignon cuando descubre un vino que «refermentaba», teniendo gran éxito, y esto provocó el desarrollo de la producción de tapones que se popularizó para el embotellado de esos vinos burbujeantes. Así nos lo relata Ramiro Medir Jofra, en su monumental obra *Historia del gremio corchero*, publicado en 1953. Medir establece los orígenes de la industria corchera en Francia, vinculada al descubrimiento de ese vino espumoso de la región gala de Champaña, a finales del siglo XVII. No obstante, existen distintas opiniones muy asimétricas tratadas por los historiadores corcheros cuyo origen sigue siendo hoy bastante difuso.

Indiscutiblemente, será precisamente la evolución de esta industria taponera la que convierta al corcho en un producto especialmente valioso. Actualmente la explotación del corcho se utiliza fundamentalmente para los tapones de las botellas de vino (a pesar de la aparición del plástico), porque en cuestión de tapones debemos decir que no todo debe cambiar. En la industria taponera existe toda una tipología de corchos, según sus calidades, desde el de mejor calidad como el corcho flor, utilizado para los grandes vinos, hasta los corchos que van disminuyendo en calidades como el corcho colmatado, el aglomerado, el verde, el graso, el leñoso, etc. Es interesante destacar que el corcho no tiene vida eterna, con el tiempo se va reseccando y va perdiendo su hermeticidad, y por ello para los grandes reservas de añadas históricas, se recomienda una operación minuciosa denominada «reencor-

³ <http://www.cma.junta-andalucia.es/medioambiente/site/portalweb>. [Consultado el 18 de febrero 2016].

⁴ http://economia.elpais.com/economia/2016/07/05/actualidad/1467745919_737443.html

⁵ http://elpais.com/diario/2007/10/07/andalucia/1191709335_850215.html

chado» que se suele hacer, aproximadamente, cada 20 años. Debemos tener presente que «ese trozo de alcornoque» que alegremente perforamos con el sacacorchos y que de forma mecánica nos llevamos a la nariz, es una labor puramente artesanal, tan minuciosa como la de hacer un buen vino, que ha costado años de tradición y dedicación⁶. Pensemos que cada alcornoque plantado necesita más de una generación para llegar a ser el guardián de un buen vino ya que, ciertamente, todo esto forma parte de nuestra historia y de nuestra cultura.

El corcho, a pesar de que su máximo aprovechamiento es para la elaboración de tapones, también tiene otros usos como paneles decorativos, aislamientos en edificación y, actualmente, con una mirada más ecológica en el uso de materiales, se está potenciando en usos decorativos en la industria textil y del calzado. No obstante, la situación del sector es incierta por la competencia del plástico y otros productos de síntesis.

Tras estos comentarios previos, el trabajo de reconocimiento *in situ* del lugar, el estudio de sus recursos y de sus usos, nos gustaría entrar de lleno a ilustrar el descorche o saca de corcho. Se podría simplificar diciendo que se trata de una actividad que acopia uno de los oficios tradicionales de Andalucía, donde se lleva a cabo todo un proceso de extracción, de clasificación, de pesado y, finalmente, de transporte hacia unos espacios perfectamente adecuados para su secado durante un año en la fábrica, donde comienza un nuevo proceso de transformación. Ha sido interesante observar como esa extracción del corcho nos devuelve a tiempos pasados, ya que se sigue haciendo como siempre «a mano y con esmerados golpes de hacha», teniendo sumo cuidado de no dañar la corteza interna, pues tiene un gran impacto en la vida del árbol. En realidad, se trata de una agresión que este árbol soporta y, de lo contrario, no habría regeneración de una nueva piel, por lo que el árbol terminaría sucumbiendo.

En el descorche, una de las primeras cosas a tener presente es el clima y la época en la que se realice. En la anualidad, hay una franja idónea que va desde principios de junio y que se prolonga hasta finales de julio y, en algún caso, hasta principios de agosto. Esta franja coincide justo con el período que corresponde a la fase más activa del crecimiento anual del alcornoque⁷. Esa extracción cíclica del corcho de los alcornoques permite el crecimiento saludable del árbol a lo largo de toda su vida, que dura aproximadamente entre 150 y 200 años, por lo que cada alcornoque es sometido a unas 15 o 16 sacas. La primera extracción se puede realizar cuando el árbol tiene aproximadamente 25 años (según zonas y clima). De esta primera saca se obtiene un corcho con estructura muy irregular denominado bornizo o corcho virgen, con escaso valor comercial, siendo el típico corcho de belenes, para elementos decorativos, aislamientos termoacústicos y para aglomerado. En el segundo descorche se constituye el corcho secundario con una estructura más regular pero suave y generalmente granulado, siendo este corcho utilizado para productos como pavimentos pero aun inapropiado para la producción taponera. Es a partir de la tercera saca, con un árbol de 30 o 40 años, cuando se obtiene un corcho de calidad y grosor, con una estructura mucho más regular, con costados y bases lisas. Este corcho ya sí es apto para usos comerciales, denominado corcho amadia o de producción, que tiene características ideales para la obtención de tapones. Por ello, desde este período el alcornoque pasa a producir corcho de buena calidad cada nueve años, que es el tiempo que tarda el alcornoque en fabricar una «corcha» nueva y en un período de vida aproximado de 150 años. Algunas veces, según se dice «el corcho no se da», porque se queda pegado y al intentar desprenderlo se viene la capa madre provocando heridas

irreparables. Entonces, se decide dejar para el año siguiente, porque lo principal es cuidar el árbol.

La saca de corcho es una actividad heredada, un oficio de saberes «contados», transmitido en el tiempo desde hace décadas. Esta delicada operación de extraer el corcho es realizada siguiendo el mismo método por los denominados «corcheros» o «peladores» que son los encargados de extraer la corteza del alcornoque, cortando con un hacha y uniendo las grietas verticales del corcho. Así retiran lo que se denomina planchas de corcho. A esta manera de hacer las cosas también se designa como «la pela del alcornoque». El buen hacer, la técnica y la experiencia son requisitos fundamentales de estos profesionales, siendo estas particularidades fundamentales a la hora de abordar todo este proceso del descorche que se acomete básicamente en tres fases:

Abertura

Se golpea con el hacha el corcho verticalmente, escogiendo la hendidura más profunda de las ranuras de la corteza del alcornoque. Al mismo tiempo, con el movimiento del hacha va separando la plancha entre cortezas. El grado de dificultad radica precisamente en la sensibilidad transmitida por la mano experta del hacha, ya que es importante calcular el golpe. No sólo calcula el calibre del corcho, para no dañar la capa madre, también girando levemente el filo del hacha, comprueba cómo «se da» el corcho, de forma, que si produce un sonido hueco típico del rasgamiento será señal de que la extracción será fácil y, por tanto, buena. Si por el contrario se da un mal golpe, el hacha produce un sonido corto, firme y seco, por lo que la extracción se prevé más difícil. En esta fase es importante no dañar la capa madre porque puede reducir por mucho tiempo la superficie productiva del alcornoque, así pues, sería un factor de debilidad y favorecería la penetración de enfermedades y plagas.

Separación

Se separan las planchas a través del corte, insertando la punta del hacha que se desplaza trazando y delimitando el tamaño de la plancha del corcho que se sacará. La complejidad de estas planchas depende principalmente de la habilidad de los «sacadores». Para esta operación de separación se pueden ayudar con el mango biselado del hacha o con la burja.

Extracción

Se retira con cuidado la plancha del árbol para no partirla. Cuanto más grandes sean las planchas, más aumenta su valor comercial y, por tanto, mayor debe ser la destreza y la habilidad de los descorchadores. Una vez se retira la primera plancha, se repite esta operación hasta dejar desnudo todo el tronco.

Hay que tener presente que una vez desnudo el tronco hay que realizar una labor de protección del árbol, limpiando fragmentos adheridos y eliminando posibles parásitos. Nada más terminado este proceso, el mismo árbol produce su equilibrio con el área descorchada, conocida como *mae* y que pasa en este primer momento a tener un tono entre rosa y rojo ocre, y que con el paso del tiempo el color se va oscureciendo pasando a ser castaño rojizo y al año siguiente gris, formándose una nueva capa de corteza.

Como se ha mencionado tras este aprovechamiento del corcho, hay personas y toda una tradición de saberes y oficios que nos han explicado los propios protagonistas. Así, nos comentan, que hasta no hace mucho tiempo, había toda una serie de oficios relacionados con esta producción: arrieros, peladores, manijeros, aguadores..., de los que al día de hoy, de algunos, sólo queda el nombre, como es el caso del «ranchero», que tenía su razón de ser antiguamente cuando los trasportes eran complicados y, sobre todo, se daban en explotaciones más incommunicadas por lo que la cuadrilla debían pernoctar en el monte y el ranchero se ocupaba del avituallamiento. En el caso de los «arrieros», que recogían el corcho

⁶ http://luisfernandoheras.blogspot.com.es/2015_04_01_archive.html

⁷ En Extremadura, la Ley sobre la Dehesa (Ley 1/1986 de 2 de mayo, modificada por la Ley 8/2002 de 14 de noviembre de Reforma Fiscal de la Comunidad Autónoma de Extremadura) establece como período obligatorio entre el 1 de junio y el 1 de septiembre.



con sus mulas, sobre todo en los lugares más escarpados, hoy día los tractores son los encargados del transporte de las planchas y la maquinaria va tomando posesión de oficios de antaño, aunque aún subsisten «arrieros» en otros lugares donde el acceso a la maquina se hace imposible. También han desaparecido los *aguaores*, que normalmente era un zagal que iba por toda la finca proporcionando agua a quienes lo requirieran; ahora son los mismos jornaleros los que llevan sus cantimploras. A pesar de esto, se trata de una actividad que aún mantiene viva su idiosincrasia, transmitiéndose de padres a hijos. En general, podemos decir que en estos oficios se percibe una gran necesidad de capacitación ya que se requiere un manejo adecuado y un conocimiento del árbol, de la tierra y del campo, por lo que el oficio de corchero es sumamente especializado, tratándose de un trabajo técnico pero también de un trabajo duro que requiere habilidad y fuerza.

UN ENGRANAJE PERFECTO, EL BUEN HACER DE UN TRABAJO EN EQUIPO

Nada más llegar al terreno todo va adquiriendo la forma de una maquinaria perfecta de personas que saben exactamente lo que tienen que hacer. Concretamente, en esta finca, José Manuel, el gerente de la empresa que se encarga de la saca, ha formado un equipo pensando en las necesidades del terreno, componiendo esta cuadrilla, esencialmente, un *manijero*, ocho *sacaores*, un *rajaó*, dos tractores con remolque y cuatro *juntaores*.

Con los primeros rayos de luz se forman los equipos humanos dirigidos por el «manijero» o capataz que está al frente de la cuadrilla, que va disponiendo en barrido el descorche por zonas, situando a los sacadores que actúan en parejas o «colleras» en los árboles. En este caso, el manijero, un chico joven, que aprendió el oficio con su padre y desde edad muy temprana está en lo alto de los árboles, es el que lleva el compás, dando las órdenes oportunas a su equipo para que todo marche de forma adecuada. Desde sus casi 15 años de experiencia y con su saber hacer, nos indica que le gusta su profesión y su trabajo aunque reconoce que es duro y nos habla de su hacha como prenda preciada personal que hay que limpiar y cuidar todo los días porque lo considera el instrumento básico del oficio.

Comienza un intenso y rítmico sonido metálico de las hachas que inunda con su melodía toda la finca. La primera labor será desbrozar las matas para no entorpecer la faena. En el proceso de descorche, se destaca unos hitos críticos de especial atención, como es la operación de separar la corteza sin dañar la capa madre, maniobra muy delicada ejecutada por los «peladores» o «sacadores»... con cadencia constante, que golpean sus hachas expertas siendo conocidos, por ello, como los «hachas».

Así lo muestran Luciano y Luis Alberto, padre e hijo, que actúan como colleras. Es importante la relación que se establece entre padre e hijo y lo hemos constatado con Luciano que lleva 30 años de *sacaó* y Luis Alberto, hijo que



sigue fielmente los pasos de su padre encargado de transmitirle el oficio, aunque nos comenta que al principio es mejor la formación con un compañero, «hasta que se hace». Ahora siempre van hijo y padre en un tándem perfecto. Verlos en «collera» sacando las grandes planchas de corcho, uno arriba (el joven) y el otro abajo, es un auténtico deleite de perfección. Igualmente ocurre con Pepe, que también saca con su hijo, Antonio, pero que no quiso ser su formador, porque piensa que se hace mejor con otro compañero. Pepe comenzó de arriero, *juntaó*,... y terminó de *sacaó*. Toda una vida juntos que culmina este año, porque con sus 64 años... ésta será su última saca. Como se dice: «cuelga el hacha».

Por cada tres «colleras» hay un *rajaó* encargado de preparar las planchas cortándolas, separando por calibre y preparándolas por tamaños para su transporte. Se trata de un trabajo especializado, que requiere, rapidez y buenos conocimientos de los tipos y calidades del corcho. Para desempeñar este cometido, los rajadores se valían de una navaja. Los *juntaores* o «recogedores» van reuniendo el corcho en montones y posteriormente echándolos al remolque del tractorista que se encargará de transportarlos a la pila.

Felipe es uno de los tractoristas que nos describe bien el oficio porque como el mismo dice, ahora lleva el tractor agrícola pero ha hecho de todo ya que «siempre ha estado en el campo y no sabe de otra cosa». Ahora participa como maquinista en la labor del descorche. Nos habla sobre los cambios que han sufrido las cuadrillas con descenso de personal y rapidez en las tareas, cómo han casi desaparecido las bestias a favor de máquinas más rápidas pero nos lo cuenta desde el amor por su trabajo y nos explica que hay que adaptarse a las circunstancias.

A todo este proceso se le denomina el «desembosque del corcho» desde los «montones» a la «pila» donde el «apilador» y el ayudante, disponen de una forma determinada el corcho (con la barriga hacia abajo). Ellos serán los encargados de realizar una primera separación entre las planchas y los trozos menores que son los que se apilan formando grandes y alargadas formaciones corcheras y por otra parte el refugio y bornizo que no se apilan, sino que se amontonan formando montañas de corcho. Realmente éstos son los que controlan la formación de las pilas.

En este punto nos encontramos a Pablo Rodríguez, que desde sus 91 años, es una de las personas que saben más de estos



menesteres. Nos habla con sabiduría infinita sobre, como él bien dice, «las cosas del campo», la tierra y los preparativos para cuando llega la saca del alcornoque y nos comenta: «No recuerdo desde cuándo estoy haciendo esto. Eché los dientes en el campo y siempre ha sido así. Hay cambios como que ahora no hay bestias y están las máquinas que quitan jornales pero la saca siempre se ha hecho con buenos brazos...». Nos expresa toda una memoria oral de conocimientos que va transmitiendo, ya desde la observación, dando recomendaciones oportunas que todos escuchan atentamente, mientras los árboles van quedando desnudos.

Desde este momento sigue una nueva fase, la del pesado del corcho, con la intervención de nuevos agentes: el comprador, encargado de hacer el negocio y el trato, interviene contribuyendo a la actividad con sus grandes camiones que van surcando los caminos de las dehesas en busca de esas pilas corcheras. Allí, los «cargadores» se encargan de volcar las planchas de corcho, de las pilas al remolque de los camiones, siguiendo unas reglas mínimas para que el corcho mantenga su estabilidad. Se crea un auténtico frenesí de actividad con un intenso pero rítmico sonido donde todo está perfectamente predeterminado.

Una vez terminada la carga en el camión, se colocan unos palos de madera en la parte superior para evitar cortar las planchas, y así proceder a estabilizar la carga, con un cable metálico para asegurar su transporte, cubriendo, por último, la carga con una malla. Ya todo está a punto, el camión está dispuesto para ir a la báscula para su pesado y seguir posteriormente el camino hacia la fábrica, entrando en un proceso de calidades de la industria corchera a través de su manipulación e industrialización.

No podemos perder de vista que gran parte del proceso de descorche se realiza de forma manual. En estas actividades se utilizan unos aperos o herramientas propias y tradicionales como la correa, guantes, navajas, escaleras de mano, la burja/hurga que se trata de una vara larga (aproximadamente de dos metros), normalmente de eucalipto, acabado en bisel y que sirve fundamentalmente como ayuda para separar las planchas, sobre todo en las partes altas del árbol. Finalmente, el hacha corchera, herramienta utilizada en la saca desde que se inició la explotación industrial de los alcornoques. Esta hacha está especialmente adaptada al trabajo de descorche, ya que el radio de curvatura del filo es más pequeño que el

del hacha para madera, los extremos del filo son muy punzantes y el mango es ligeramente curvo y acabado en bisel. Estas modificaciones le permiten al sacador realizar las diferentes operaciones del descorche: abrir y trazar, ahuecar y separar. También se han introducido las máquinas aunque sólo se utilizan las motosierras para las partes más gruesas y los tractores agrícolas para el transporte.

En el terreno ha quedado el corcho de menor valor, como el refugio, el bornizo y los pedazos que se depositarán en grandes sacos para pesar aparte porque se pagan a otro precio. Cuando se habla de esta etapa del proceso, se debe recordar que hasta hace relativamente poco, el pesado se hacía en el mismo campo. Era toda una ciencia, con unidades y herramientas propias, como el quintal castellano (unidad de peso equivalente a 46 kg), la «cabria» y romana «fiel» o el pie de línea (para medir el calibre). Esta faena de pesaje ha sido desplazada por las básculas de suelo, mecanizadas que son más exactas pero se ha perdido ese juego picaresco que se establecía entre la parte que vende y la que compra.

Los testimonios de estos protagonistas han sido fundamentales para abordar esta práctica del descorche que, por otra parte, son la causa intrínseca para conservar esta actividad tal como hoy se vive y la viven. Se aprovechó el descanso de la cuadrilla para hacer incursiones sobre la «forma de hacer» y nos aseguraron que: «La cuadrilla tal cual antes, ya no existe. Ahora era todo más rápido y más flexible porque los jornales dependen del tiempo. Hasta no hace muchos años se contrataban a las personas en el mismo campo. Ahora son las empresas las que se encargan de ello y quieren echar el menos tiempo posible. Además, aunque cada uno sabe su cometido, si hay que hacer otras cosas nos adaptamos a las circunstancias del momento».

José Manuel es gerente de una de esas empresas que gestionan todo el proceso del descorche, además de haber sido un *manijero* que sabe bien su oficio y a quien le preocupa los riesgos laborales y la formación, porque según dijo: «Es imprescindible que los que saben, enseñen, los viejos tienen que enseñar a los jóvenes, si no es así se acabarían los oficios», siendo uno de los problemas a los que se enfrenta este sector, la falta de relevo generacional... Así, nos comenta que «cada vez hay menos novicios *pa* aprender el oficio».

En general, se percibe un gusto por el trabajo. Nos hablaron de «lo que más les gusta, que es lo forestal» y están



orgullosos de ello. De hecho, miman sus hachas y aperos de forma exquisita para que estén siempre a punto. Comentaban «todos los días la afilamos con piedra de afilar» y cuando ya no sirven, las reservan para exponerlas en un lugar especial de sus casas, cual preciada pieza de museo. Se abordó el tema sobre el papel de las mujeres comentando que: «Se trata de un trabajo para hombres. La costumbre era que las mujeres participaran en alguna tarea en la fase del peso en la *cabria* con los *pesadores* en el terreno, pero ya no hay ni mujeres, ni pesadores, y se lleva a la báscula». Es unánime la opinión de que «es un trabajo que requiere demasiado esfuerzo, fuerza física y es duro para la mujer». No obstante, en este caso se proyecta una nueva imagen en este entorno, cuando vemos que la misma propietaria participa en algunas

labores, ciertamente más sencillas, pero que evocan un compromiso por esas tierras que hay que cuidar y mantener, estableciendo relaciones sociales de producción equilibradas, valorando la memoria oral, las formas de esa cultura material y, en último término, los conocimientos transmitidos, ya que forman parte de nuestra seña de identidad.

La saca de corcho tiñe de naranja la dehesa. Continúa su metamorfosis en un volver a empezar en la siguiente «saca»...

Toda mi gratitud por comprender el interés del trabajo a toda la cuadrilla, a Pablo Rodríguez padre e hijo, a Pablo Mateo padre e hijo, a Juan Miguel, a Clemente, a Felipe, a José Manuel padre e hijo, a Emiliano, a Luciano y Luis Alberto, a Pepe y Antonio, a Roberto, a Nines que representa el esfuerzo del futuro y por abrir las vallas del campo a José Luis.